

autoeducación. Se puede ser educado ignorante, instruido ineducado y poco instruido ineducado. Este último es el tipo que se ha producido en las escuelas de muchas naciones de Europa, y es el que ha dado origen á la idea del fracaso de la instrucción.

No tenemos inconveniente alguno en decirlo: preferimos siempre el educado ignorante al instruido ineducado y más todavía cuando la instrucción del ineducado sea escasa.

La educación es el desarrollo de la voluntad, la formación del carácter, y éste la condición primera para la realización del bien. El débil, el abúlico obedecerá á determinaciones ajenas, no sabrá dominar los instintos naturales que llevan á la pereza; en una palabra, el ineducado será siempre materia dispuesta al mal y á él irá llevado por accidente, por determinismos sociales ó fisiológicos que su misma falta de voluntad dejó crecer y no supo dominar.

El hombre de voluntad firme, que quiere con tal potencia que realiza lo que

quiere, es el tipo moderno del hombre educado. Esta energía de la voluntad es en la lucha de la vida un elemento más poderoso que el de la instrucción; los dos unidos constituyen el tipo más perfecto del hombre trabajador, del hombre bueno.

¿Qué organismo es el más apto para cumplir la misión de educar la voluntad, la familia ó la escuela? Creemos que la familia. La escuela de cierto modo organizada puede contribuir á la educación de la voluntad, pero nunca podrá sustituir á la familia.

Es la educación, y damos á esta palabra el significado de desarrollo de la voluntad, obra de todos los momentos y que debe empezar mucho antes de la edad en que comienzan á ir los niños á la escuela. Se educa principalmente con el ejemplo; el que instruye puede no sentir afecto alguno por aquel á quien transmite sus conocimientos, el que educa ha de querer al educando. La madre es la primera educadora, ella debe dar los primeros elementos para la formación del carácter.

No quiere esto decir que neguemos la influencia educadora del maestro; sin entrar en el examen de procedimientos pedagógicos la juzgamos importante, porque con la instrucción procura los necesarios medios para la autoeducación.

El que educa, hemos dicho, ha de querer al educando, con lo cual pretendemos indicar que, á nuestro juicio, la educación es obra de sentimiento más que de razón. El hombre sano de cuerpo que elige libremente y por sólo los impulsos de la simpatía á la que ha de ser la compañera de toda su vida, si se ve amado y de su amor compartido nacen hijos que despierten cariños que hasta entonces no comprendió, ideas de sacrificio y abnegación que antes no tuvo; si ama, en fin, con amor de padre, halla en ese amor la fuerza educadora que nada ni nadie puede sustituir.

Estrechar los lazos de la familia, hacer que en ella sea la única ley la ley del amor, es la obra educadora por excelencia; tan grande es su poder que no sólo se ejerce de los padres á los hijos, sino que

ese mismo cariño infinito que por los hijos se siente es educador también con respecto á los padres, pues quien dirige la formación de un carácter forma ó afirma el suyo. Alejar al obrero de la familia, romper los lazos entre los esposos y los hijos tener al padre doce ó catorce horas en la mina ó en la fábrica sin que pueda ver á los suyos más que una ó dos horas al día, es crear generaciones de vagos, de pobres, de criminales; es matar el sentimiento, y al matarle con él muere todo germen de bondad.

Las largas horas de trabajo fatigan y agotan de tal modo las energías, que hacen imposible que quien trabajó once ó doce horas y necesitó emplear una ó una y media en ir á la fábrica y volver á su casa pueda consagrar ni un instante á lecturas que afinen su inteligencia. El cansancio le encamina hacia la taberna, y allí bebe, se envenena y se prepara para engendrar hijos que ya desde el vientre de su madre sean carne de presidio. Los enemigos de la jornada corta dicen que el

único efecto que se logra con ella es aumentar el tiempo que el obrero puede estar en la taberna, y por tanto que es un estimulante del alcoholismo.

Ni un solo dato demuestra la verdad del aserto; por el contrario, la impresión general es la de que la embriaguez ha decrecido entre los carpinteros, albañiles y aquellos otros obreros que consiguieron la jornada de ocho horas.

El presidente de la asociación *United Mine Workers*, John Mitchell, dice á propósito de esto lo siguiente:

„Sorprende notar los progresos que los
„mineros de carbón están haciendo desde
„que hace tres años se inauguró la jornada de ocho horas. En muchos sitios organizan bibliotecas, toman un interés mayor en los negocios públicos, su vida de familia se ha desarrollado y se ha dulcificado mucho. Antes, cuando al anochechar regresaban á su casa, el excesivo cansancio les hacía sentirse malhumorados y huraños; ahora llegan más temprano y pueden dirigir á su compañe-

„ra una sonrisa. Pero lo que más sorprende es notar cuánto ha influido este cambio en la disminución de la embriaguez. La jornada de ocho horas es el argumento más eficaz que conozco en favor de la „templanza„.

No hay motivo alguno racional que permita sospechar que á mayor número de horas de descanso corresponda un aumento de intemperancia. Si el alcoholismo hubiera de crecer por efecto de la jornada de ocho horas, como aseguran los enemigos de ésta, la causa del crecimiento sería la mayor cantidad de tiempo desocupado, y como ciertas clases de la sociedad, como, por ejemplo, los empleados públicos y especialmente los ricos trabajan menos horas ó no trabajan ninguna, en ellas debería estar más arraigado el vicio de la embriaguez. Pero es un hecho evidente, que no exige siquiera la confirmación que de él se halla en las estadísticas del alcoholismo, que este mal es mucho más frecuente en las clases obreras que en las precitadas; luego el mayor número de horas de des-

canso no puede ser causa del desarrollo del mal. Si en los obreros es más frecuente la embriaguez, puede y debe atribuirse á la jornada larga. Al principio búscase en el alcohol un excitante, un remedio contra la fatiga; luego el hábito convierte en necesidad imperiosa lo que en un principio se tomó como sustancia fortificante.

Después de doce horas de trabajo y cuando se ha ingresado en la fábrica á los diez años de edad, sin instrucción alguna ó tan deficiente que no tarda en ser olvidada, se ve privado el obrero de todo recreo culto, y la ignorancia que le embrutece le arrastra á la taberna, en donde no diremos, según la frase vulgar y romántica, que ahoga sus penas en vino, porque tan reducida es su inteligencia, tan escasa su sensibilidad, tiene, en fin, tan poco de hombre, que no siente penas; sólo le aqueja el dolor de la fatiga, como á las bestias de carga.

Es indudable que la jornada larga es una de las causas del alcoholismo, y por consiguiente de criminalidad, porque no es

posible exigir que se instruya al que agota sus energías físicas con un trabajo demasiado largo, y alcoholizado, ineducado ó ignorante es un peligro para la sociedad y por el crimen se convierte en una carga para el Estado.

Con la jornada corta la clase obrera podrá adquirir en cierto modo las costumbres de la clase media, dispondrá de tiempo para el cultivo de sus facultades intelectuales, y si no de momento, pues el progreso moral no se realiza á saltos, sino paso á paso, irá mejorándose y el mejoramiento crecerá de generación en generación en proporción geométrica.

Los procedimientos de trabajo en la industria moderna exigen hombres en los que se halle la condición de adaptabilidad más que otra alguna, y ésta se adquiere con la instrucción.

Antiguamente un obrero llegaba á adquirir el máximum de habilidad comenzando desde muy niño un aprendizaje largo, pasando después á oficial y luego á maestro. La enseñanza de los oficios ha-

ciase de un modo rutinario y exclusivamente práctico.

También en los tiempos y con los procedimientos modernos requiérese la enseñanza práctica; pero si el obrero por medio de la instrucción ha adquirido la condición de adaptabilidad, en menos tiempo alcanza, no la misma, sino mayor habilidad y pericia, y por tanto, mejorado uno de los elementos de la producción, mejórase ésta en gran escala.

La superioridad de la raza anglosajona se debe sin duda alguna á la educación de la voluntad, y la de su industria á la *adaptabilidad* de la clase obrera, pues debe reconocerse que la mayor parte de las cualidades de éxito feliz y de eficiencia se deben en primer lugar á condiciones de carácter.

La educación del obrero del siglo XX no debe basarse en el sistema antiguo de un largo aprendizaje, ni ha de conseguirse con su asistencia á las escuelas públicas en las que se emplee como medio de enseñanza el libro, sino que ha de ser una feliz combinación de la enseñanza manual con

la disciplina individual que le asegure la cualidad de adaptabilidad, rapidez y destreza de las manos y su inteligente dirección por las facultades intelectuales. A éstas deben sumarse cualidades morales tan inapreciables como una voluntad enérgica, una indomable persistencia y una conciencia de su dignidad y de su propio valer. Esta educación del carácter sólo en parte, y no la más principal, puede darse en la escuela; para conseguirla totalmente se necesita la influencia de la vida de familia; de manera que si el padre ó la madre ó ambos se ven obligados á estar fuera de su casa doce ó trece horas al día, de poco tiempo dispondrán para educar á sus hijos, y, como creemos haber demostrado la gran importancia de la educación en el seno de la familia, hemos hallado de un modo indirecto un argumento fundamental en pro de la jornada corta.
